

Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad

Celia Amorós,

Madrid, Cátedra, Feminismos-41, 1997

Hay libros que tienen vida propia y en ellos habita el pensamiento. Desde el título, la obra de Celia Amorós se inscribe entre estos: es *Tiempo de Feminismo*, no sólo como discurso de la memoria, sino como necesario discurso también del presente.

Desde la revisión de los orígenes y del discurrir del sujeto moderno –y tras arrancar de la Edad Media y el Renacimiento– Celia Amorós ejerce el análisis de la Ilustración, con el rigor de una hermenéutica aquilatada como especialista. Y, sin dejar de afrontar el discurso sobre los sexos anterior, entra también en el discurso contemporáneo –o, quizá habría que decir mejor, en discurso con sus contemporáneos–. Durante ese diálogo, y también a modo de recuento y resultado de lo anterior, debate con las interpretaciones de la Ilustración y con sus herederos de la teoría crítica, tanto para situar las claves del feminismo, como heredero legítimo del esfuerzo crítico ilustrado, como para ejercer la teoría feminista como teoría crítica.

Que la teoría feminista se ejerza como crítica, y también crítica a la propia teoría crítica, hace de esta obra –al menos formalmente– un *texto sobre textos* y, con ello, un trabajo sobre el discurso de la modernidad o, más bien, que habla de ese discurso y con él. Y en ese diálogo habla también la autora de la posmodernidad, pero sobre todo habla con ella. En el diálogo imaginario que sostienen una feminista y Lévy-Strauss, Celia Amorós escenifica, de manera dialogada, su reivindicación feminista como radicalización del discurso ilustrado. Y en ese discurso no

cabe plantear la disolución del sujeto (en este caso, el femenino), cuya construcción todavía está pendiente. La incoherencia de tal planteamiento hace que se discuta con otras teóricas feministas, en un sano ejercicio de autocrítica en familia.

A pesar de la ya mencionada e impresionante tarea sistematizadora de esta obra, no estamos ante un manual, al menos no en sentido habitual. Si por el contenido este texto reúne los temas sobrados para ser tal cosa, precisamente por ello no puede reducirse a una especie de libro de texto: por *ir sobrado*. Si podría, sin embargo, decirse que, si no de manual, sí tiene esta obra mucho de tratado, en el sentido filosófico de escrito o discurso, que expone –a modo de sistematización crítica– toda la doctrina sobre un tema y agota sus posibilidades de consideración.

Celia Amorós parte de una revisión filosófica del nominalismo, para mostrar cómo sólo mediante esa epistemología podemos analizar el sujeto moderno y desarrollar así una crítica que, retomando el sentido común del discurso racionalista, ni se quede en la epistemología, ni tampoco en el discurso. Precisamente porque procede una vindicación, y porque sigue siendo pertinente reclamar la igualdad para las mujeres, es por lo que la crítica feminista apela a la realidad de muchas mujeres concretas y actuales. Y esta realidad es la que hace que el feminismo no pueda ser ni un *flatus vocis*, ni una apelación a conceptos vacíos.

Probablemente en proponer una metodología nominalista, sin perder por ello de vista la universalidad del hecho –pues, curiosamente parece que ser la desigualdad de las mujeres, como hecho, el mayor universal– radica la doble perspectiva de la obra. Y esta perspectiva obliga éticamente a una aceptación de que la universalidad del hecho requiere una crítica radical, por cuanto no se trata de un simple objeto de estudio académico, sino de una realidad que transformar a partir del esfuerzo crítico. Celia Amorós defiende el racionalismo, pero su defensa está realizada desde los supuestos de un racionalismo que apela a la racionalidad ético-práctica y es, por tanto, un racionalismo teñido de algo más que de razón especulativa. Para este modelo de racionalismo, Amorós designa el discurso del cartesiano Poulain, como discurso a incluir dentro de la *memoria crítica y filosófica* del feminismo: *Poulain, al poner énfasis en la acción como producto de la mente en cuanto unida al cuerpo, y al promocionar nuestra propia apercepción como sujetos actuantes a la certeza del cogito (...) le da una inflexión al cartesianismo por la cual éste se configura como una ética y como un programa de crítica política y social*. Es éste, sin duda, el libro de una filósofa, que sin embargo no se hubiera escrito si la reivindicación de la igualdad

fuera innecesaria. Y, aún así, seguiría siendo un libro sobre la formación de la modernidad y el pensamiento pre- y pos-ilustrado, lo que lo convierte en hermenéutica de las ideas, que constituye algo así como una historia de las ideas (con ideas).

Releer la Ilustración desde la crítica feminista implica para la autora ponerla a la luz de las demandas críticas y someterla a un cuestionario igualmente crítico, que llama el *test Poulain*: en definitiva, señalar las insuficiencias críticas de la Ilustración. Pero la aplicabilidad de tal *test* se muestra infinitamente más amplia, y así cabe tenerlo en cuenta también para tomarle el pulso crítico-feminista al discurso contemporáneo. En este discurso, la autora sólo entra a dialogar con las tendencias de la teoría feminista actual, cuando ha establecido diálogo crítico con algunos de los pensadores más relevantes de la teoría crítica y de la posmodernidad. Y en este punto, el libro se convierte en reflexión sobre los discursos filosóficos de nuestros días, desde el diálogo con los filósofos de nuestro mundo contemporáneo, lo cual es de agradecer si se tiene en cuenta la espesa tundra de las filosofías posmodernas, que si bien todo el mundo nombra con frecuencia, no todo el mundo aborda frecuentemente con claridad analítica.

Analizar cómo el abandono del proyecto ilustrado y del discurso racionalista puede convertir al feminismo de aliado en víctima de la razón posmoderna es, para Celia Amorós, denunciar el peligro de volver a las abstracciones donde nada se juega. Y, a la vez, abunda en que es imposible jugarse nada en serio en el feminismo, sin aceptar que las virtualidades universalizadoras de ciertas abstracciones enunciadas en el proyecto ilustrado (ciudadanía, derechos humanos, ...) pueden resultar operativas para la teoría y la política feministas. En esta tensión el feminismo ha de ser capaz de evitar, o al menos detectar, como hace Celia Amorós, las *triquiñuelas de las abstracciones*: *Lo que parece desprenderse de la experiencia histórica del feminismo es, por una parte, que su nervio reivindicativo ha de nutrirse de la fuerza universalizadora de los conceptos ilustrados radicalizándolos (...). Pero, por otra parte, las tenaces limitaciones con que nos encontramos para que se nos apliquen sin reservas las implicaciones de estos conceptos nos hacen ser cautas con respecto a los supuestos efectos automáticos que los universalistas ingenuos les atribuirían.*

Celia Amorós quiere proponer un proyecto, tanto porque como tal quedó pendiente desde el discurso ilustrado, como porque sigue estando pendiente en términos de la realidad de las propias mujeres. Que ese proyecto sigue teniendo resortes, no sólo teóricos, sino profundamente éticos y

manifiestamente políticos, es algo que se extrae de la lectura de este libro, y que el mismo no cesa de reconocer: *«Sólo puedo concluir en este espacio que, fuera de la herencia de la Ilustración, su suelo de origen, el feminismo transita siempre las mismas sendas por la vía de la evocación... Mientras, el proyecto ilustrado, tarea infinita, está todavía por recorrer y ser explotado en muchos de sus tramos, y nos ofrece sugerentes "sendas perdidas"».*

Por esas *sendas* transita esta pensadora y las recupera, no para ir *Hacia una crítica de la razón patriarcal* (como en su libro anterior), sino para ejercerla cuando sigue siendo *Tiempo de Feminismo*. En este transitar, la autora nos lleva desde los pasillos del Renacimiento a la sala de la Modernidad. Ya en su primer capítulo la reconstrucción se hace crítica y hermenéutica. Y en ese discurrir, Celia Amorós nos diseña el panorama del nominalismo como discurso del individualismo moderno, que incluye toda una lección filosófica sobre el problema de los universales y Duns Scoto.

La Modernidad se analiza desde el discurso de la filosofía racionalista, en el contexto de la constitución de la subjetividad moderna como subjetividad constituyente. Este análisis, como ya se ha señalado antes, incluye una incursión en Poulain de la Barre, de la que no puede ser ignorada su profundidad filosófica. Y, de la mano del discurso racionalista del *bon sens*, entramos directamente en el capítulo III a la consideración de la Ilustración desde el *test de feminismo*, o *test Poulain*, como test sobre su propio calado crítico, se decir, sobre sí misma en su calidad de discurso ilustrado. Y, si bien no cabe dejar de señalar sus contradicciones y sus deficiencias reivindicativas, al menos hay que reconocerlo como el único lugar donde tiene cabida el discurso feminista que nace del propio ejercicio crítico y, por así decirlo, de los reproches a las insuficiencias ilustradas.

Sin duda, como se aborda en el capítulo V del libro, en levaduras tan reactivos como el discurso normativo sadeano o la misoginia de un romanticismo —que entiende, haciéndole trampa a la mujer, a la mujer como una *trampa de la naturaleza*— es imposible que nada pueda fermentar. Estos discursos reactivos, en este caso frente al fenómeno ilustrado, no constituyen crítica alguna que pueda servir de alguna a las deficiencias de su antecedente ilustrado. Y, además, carecen de toda la virtualidad emancipatoria que un discurso de la igualdad ha de ofrecer. Por tanto, la crítica feminista no puede arraigar en ellos, ni puede recibir herencia alguna, porque no hay aquí bien heredable alguno.

Hoy, nos recuerda Celia Amorós, todavía el sujeto constituyente del discurso moderno está inconcluso: (...) *la mujer somos un «nosotras obje-*

to» como conjunto práctico correlativo a las prácticas de la «heterodesignación» de los varones. Esta situación obliga, ética y políticamente a radicalizar –por vía de universalización– todos los conceptos que hagan, por fin, a la mujer sujeto de derechos. Pero, como la realidad social ha transcurrido por unas vías de exclusión, que han generado de hecho una desigual posición a las mujeres y su escasa o nula participación política, Amorós sugiere que ciertos correctivos de discriminación positiva se imponen, hasta que la representación política de las mujeres deje de ser deficitaria, sin que apelar a tales correctivos suponga merma alguna en la defensa de la igualdad, sino más bien una llamada al sentido común ante el panorama real del presente.

El último capítulo, que no cierra el libro sino que da pie a los dos apéndices finales, se aproxima a los debates de la posmodernidad, para advertir de lo peligrosa que puede resultar para la teoría feminista una alianza sellada incondicionalmente con aquella. Tanto por vínculo genealógico, como por

la concurrencia de los intereses críticos y reivindicativos, el discurso feminista difícilmente puede aliarse con otro, que reclama la muerte del sujeto y deja a las mujeres sin disfrutar de este y de otros beneficios construidos por el proyecto de la modernidad, para declarar –desde la óptica de quien ya se ha satisfecho lo bastante– que el banquete ha terminado y empieza la sobremesa.

Es de agradecer especialmente el segundo apéndice, en el que la autora se ocupa de las teóricas feministas actuales y convecinas. Reúne así nombres de la teoría feminista hoy entre nosotras. Y, a pesar de sus propias simpatías teóricas, no olvida aquellas posturas que le pueden resultar menos afines. Al terminar la lectura de este libro se tiene una sensación tan rotunda, como inusual: la de haber aprendido. Y también la certeza, que sobrecoge un tanto, de no tener entre las manos un libro más.

Luisa Posada Kubissa